

Al Qaeda, en la encrucijada

Apunte 1/2021

Ana Aguilera



Parte del logo de Al Qaeda en el Magreb Islámico. Fuente: The Times of Israel.

Los medios de comunicación y expertos de diversos países e ideologías están poniendo el foco sobre la reciente trayectoria de Al Qaeda y la proyección a la que apunta este grupo que una vez fue único referente en la conformación de una arquitectura radical-salafista con tentáculos y células a nivel mundial. Desde su nacimiento a finales de los 1980 durante la invasión soviética en Afganistán, al Qaeda ha sido la primera organización en conseguir una movilización internacional de apoyo al terrorismo yihadista sin precedentes, con ataques y estrategias que han hecho temblar los cimientos de muchas de las sociedades mundiales.

Ahora, el grupo se encuentra en una encrucijada. El año 2020¹ fue un gran golpe para el mundo entero con la pandemia de la Covid-19 pero también supuso un duro revés para los líderes de la organización, que vieron a buena parte de sus caras más visibles caer en ataques y operaciones antiterroristas. Importantes bajas a nivel regional como la figura de Qassim al-Rimi en la franquicia de Al Qaeda en la Península Arábiga (AQAP) o Abelmalek Droukdel en la rama de Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) o muertes de miembros de la cúpula de Al Qaeda central como Abu Mohammed al-Masri no responden a un problema de número sino de liderazgo; de comandantes y sobre todo veteranos de una Al Qaeda cuya esfera de influencia y zona de operaciones había sido

¹ Durante el año 2019 otros importantes miembros de la organización también fueron abatidos, como el hijo de Bin Laden Hazma Bin Laden o Djamel Okacha, uno de los líderes de AQMI

trasladada desde la década de 2010 a una dimensión local fuera de su tradicional marco de operaciones en el enclave Afganistán.

Con este panorama tan incierto que le aguarda a Al Qaeda central, y cuyo líder incluso [se cree muerto](#) debido a problemas de salud, el dilema de la organización se presenta doble. Por un lado, la matriz se encuentra evaluando sus propias limitaciones en cuanto al liderazgo del comando central y su alcance a nivel transnacional. Ha llegado un punto en que la dimensión de su autoridad da indicios de tener un cargo más simbólico que ejecutante, buscando que su capacidad a la hora de tomar decisiones sea tan firme como hace algunos años atrás y que no sea cuestionada en la esfera privada en la medida de lo posible. De hecho, en el proceso de descentralización al que al Qaeda se vio sometido, el grupo necesitaba de líderes cuya imagen se mostrara carismática y, que junto a su espíritu decidido, inspiraran al resto de los combatientes a continuar la lucha por la yihad. Es por ello que al Qaeda central necesitará encontrar ese equilibrio entre carisma y subordinación entre los nuevos líderes regionales. Además, el hecho de que tantas caras visibles y de largo recorrido entre sus filas hayan tenido que ser reemplazadas deja en un serio aprieto a los actuales líderes de las franquicias regionales, como en el caso de Khalid Batarfi, a quien es inevitable que comparen con su antecesor Qassim al-Rimi y sus trascendentales habilidades tácticas que consolidaron el bastión de Al Qaeda en Yemen. También con Droukdel, quien hasta su muerte [conservó](#) fielmente la longeva rama de al Qaeda en el norte de África y de quien va a resultar complejo estar a la altura. Por tanto, queda por ver si el triunfo o fracaso de la organización en su conjunto se va a ver determinado por los errores o victorias de sus ramas regionales o si por el contrario, la ausencia de expansión en unos territorios va a dar pie a una consolidación de la fuerza de al Qaeda central. Ello se verá determinado, entre otros factores propios de la coyuntura actual, por los éxitos en los lugares donde tienen mayor presencia, como sería la franja del Sahel en el caso de la coalición JNIM (con la interesante proyección al suroeste de Katiba Macina) o la creciente presencia e importancia de Al Shabaab en el Cuerno de África.

Por otro lado, a raíz de la muerte de varios de sus líderes más relevantes, la organización se encuentra en la necesidad de redefinir sus prioridades a la hora de buscar la ansiada expansión del califato a nivel global como el fin último de su lógica existencial. El grupo tiene por delante decidir si su estrategia va a seguir consistiendo en deslocalizar su fuerza de influencia a niveles subregionales y delegar el triunfo del grupo en el resto de sus franquicias locales dispersadas entre África y Asia o por el contrario volver a poner el foco en el objetivo final que representaría Occidente en general y Estados Unidos en particular. Potenciar la estrategia de deslocalización le haría ganar adeptos y fieles a su causa, pero éstos vendrían motivados no tanto por la narrativa salafista global sino también por intereses y valores identitarios que descansan sobre unas determinadas zonas geográficas. Es decir, que Al Qaeda fortalezca fieles en el Sahel será victoria principalmente de su filial en la zona, lo cuál podría constituir un problema a largo plazo para Al Qaeda central y su rol como comandante y supervisor del resto de sus franquicias. A la larga, esta descentralización del poder sin unas directrices jerarquizadas provenientes de la matriz podría acabar por mutar las franquicias regionales a una forma de organismo

que actuaría de una manera más autónoma, desplazando el sentido más global hacia un objetivo y unos intereses más focalizados en términos geográficos.

Podría afirmarse que el grupo está esperando la oportunidad para su inminente regreso y que no va a disminuir el poder de los líderes de la matriz en Afganistán. Sin embargo, también podría darse el caso de que su fortaleza resida precisamente en la victoria y la expansión fruto de la descentralización y localización de sus franquicias, como el caso de Al Shabaab en Somalia o la coalición JNIM en la franja del Sahel en general y en la “triple frontera” (entre Malí, Burkina Faso y Níger) en particular. Pero lo cierto es que, desde la reorganización del liderazgo de al Qaeda durante la última década, el grupo presenta muchos frentes abiertos: pérdida de veteranos y líderes de los principales enclaves de la organización, ofensivas estadounidenses, francesas y de coaliciones internacionales seguidos de cercos incesantes y prolongados, auge de rivales y adversarios que amenazan con reducir su zona de influencia y un problema de comunicación y/o entendimiento a nivel interno entre la élite y la base.

Aún con todas sus vulnerabilidades, el nombre de al Qaeda sigue demostrando tener un golpe de efecto entre sus enemigos, adversarios y simpatizantes. También destaca el hecho de que es un fuerte adversario en la lucha por el control de territorios protagonizados en el continente africano entre su filial (coalición JNIM) y Daesh en el Gran Sáhara (EIGS) y en la región de la Cuenca del Lago Chad (donde es ISWAP quien tiene mayor presencia). Con todo, el destino de la organización residirá en una estrategia que todavía no ha sido diseminada fuera de la cúpula, pero que les resultará necesaria si aspiran a combatir todos los retos que aún les quedan por venir. Mientras tanto, los esfuerzos antiterroristas en la lucha contra al Qaeda continuarán siendo diversificados y tratados caso por caso allí donde la presencia de la organización se encuentre hoy más latente que nunca.